



N. GARRIDO

MÁS Y MÁS ORIENTALES

Los montevideanos son peculiares: saludan y preguntan, claro, de dónde y por qué vienen

Desde el interior del vidrio de la puerta de calle hay un improvisado, pero terminante papel garabateado en azul con caracteres chinos. Allí es la residencia estudiantil; trepa seis pisos por escalera, ejemplo del trabajoso camino al futuro y ahora recorridos por los 42 estudiantes chinos que ya andan llamando la atención por esas calles de Montevideo y que el lunes pasado comenzaron sus clases de español en Uruguay, tercer año de un programa de cuatro.

Todavía están llenos de sorpresas: lo tarde que se levantan los uruguayos cuando ellos desayunan a las 6, la comida a horas tardías, las exquisiteces de las milanesas; las empanadas, parecidas pero más grandes que los raviolos chinos. Y los chivitos. La fiesta de bienvenida fue, claro, la bacanal de carne de un asado; lo organizaron sus padrinos, un sistema de voluntariado con estudiantes de ORT para ayudarlos en este año de estudio que les espera en tierras orientales, además del apoyo de la propia universidad.

Los montevideanos son peculiares: saludan. Y preguntan, claro, de dónde y por qué vienen. Nada menos que de la Universidad Normal de Harbin, que tiene un campus de 500 hectáreas y es solo una de varias universidades en esa ciudad de 10 millones de ha-

bitantes del extremo norte chino. El nombre significa "ciudad donde los pescadores secan sus redes", algo que la temperatura ambiente no favorece: entre 21 y 9 bajo cero a esta altura del año, que ya hace menos frío. Nada les impide ir a estudiar, a veces en viajes de tren desde sus casas que insumen 40 horas. Ahora van caminando hasta la ORT del ombú.

Ellos también están asombrados de lo cortos que son los horarios de estudio: solo de tarde. De hecho, las jornadas semanales de estudio en China son de 40 horas, y el programa de ORT es de 20 a 25 horas, en la dialéctica de la intensidad y tener que sumergirse en el idioma. Ellos, que tienen entre 19 y 21 años, consideran muy atractivo el horario de estudio uruguayo.

Para empezar, tienen sobrenombres uruguayos: algunos por similitud fonética con sus nombres en chino, otros por traducción del significado de sus nombres, como la joven Lluvia, Cheng Xiao Yu, que según mis exploraciones es "la que se convierte en lluvia", que canta, toca la guitarra, no le interesa el fútbol y quiere ser docente de español o chino. Llegó a apasionarse por el español con la bizarra película *Hable con ella*, de Pedro Almodóvar (2002). Santiago, en cambio, bautizado sin más por María la coordinadora, está orgulloso porque su nombre es el de

una capital latinoamericana y admira la plaza Independencia. Le falta enterarse del Camino de Santiago pero sabe ya que tendrá trabajo como traductor, periodista, en empresas españolas y hasta de profesor.

Antes de venir, la pregunta más frecuente que contestaron estos 42 (tres a uno son mayoría las mujeres) fue dónde quedaba Uruguay. Ahora, son la avanzada de un desarrollo universitario formidable para el Uruguay y una muestra palpable de las nuevas áreas estratégicas en el interés chino.

El embajador chino en Uruguay les habló unos 20 minutos en el auditorio de ORT antes del inicio de las clases. No sé lo que dijo, pero agitó bastante el índice de su mano izquierda, dedo de establecer cuestiones, bromeó, fue amable y fue serio al final; sin duda, era importante lo que escuchaban de su gobierno estos 42. Todos hijos únicos por la política demográfica china, tienen el progreso personal y profesional como meta indiscutible en la vida, y su familia se sacrifica para que ellos avancen: no se habla mal de los padres en China, aunque puedan no faltar razones. Los profesores, en una maravillosa concepción de la docencia, son sus maestros para toda la vida aunque solo les hayan enseñado una hora. Estos uruguayos no saben en la que se meten. ●

alsina@observador.com.uy